



PEDAGOGÍA DE SCHOESNSTATT

INTRODUCCIÓN



Nota:

Este material, es una recopilación de textos ofrecidos a la preparación de la Militancia de los últimos años, varios elaborados por el Padre Carlos Padilla, algunos por Hna. Camila y algún material elaborado por Asesores, pero no tenía nombre

Los textos se revisaron, se hicieron algunas adaptaciones, se le dio un nuevo orden y se añadieron algunas preguntas para el trabajo matrimonial.

¿Por qué los Militantes debemos saber sobre la Pedagogía de Schoenstatt?

Porque los militantes son el corazón, el alma y el motor de la Liga, es decir, están llamados a ejercer un liderazgo en ella.

¿Pero, qué define un liderazgo Schoenstattiano?

Como militantes, somos señalizadores en la ruta, somos quienes “custodiamos” el camino espiritual de Schoenstatt, el carisma que nos regala la Mater desde su Santuario. En otras palabras, el militante es también un “educador”, por nuestra vocación, se nos confía una porción de Schoenstatt que hemos de acompañar, hacer crecer, encaminar y a la cual señalar horizontes apostólicos. Esto dependerá de nuestra unión a Dios, de nuestra capacidad para leer lo que nos va mostrando la Providencia, y luego sabiendo entregar el carisma con naturalidad y aplicándolo a la vida.

El Padre Kentenich decía que Schoenstatt es un movimiento de **“educadores educados”**. Cada jefe tiene este desafío, para poder ejercer un rol de educadores, debemos nosotros no solo conocer de nuestra pedagogía Schoenstattiana, sino también aplicarla a nosotros mismos, en el sentido de la autoeducación.

Por eso queremos comenzar este año de preparación a la Militancia, cociendo las claves pedagógicas de Schoenstatt.



El Padre Kentenich, nos regala un sistema pedagógico, que fue construyendo, a medida que se fue desarrollando el movimiento y la vida iba encontrando sus manifestaciones propias. Este sistema es lo que llamamos las **“Cinco estrellas directrices de Schoenstatt”** o las “Cinco estrellas de la pedagogía de Schoenstatt”, las cuales conforman un sistema que abarca a todas las dimensiones de la persona.



Haciéndolas nuestras, podremos entregar la espiritualidad adecuándonos a la vida de los matrimonios que nos son confiados, ya sea en los grupos, en talleres o diferentes comisiones que lideremos. Al ir profundizando en este tema, iremos haciéndolo propio, evaluándonos cómo estamos en relación a cada punta de esta estrella pedagógica. Esto, también nos servirá en nuestra misión de ser padres, ya que estamos educando a nuestros hijos como auténticos hijos de Dios y no a simples personas, tenemos bajo nuestra autoridad un don de Dios, la paternidad y la maternidad. Educamos a nuestros hijos para que brillen y sean un rayo luminoso en este mundo. Como padres, nuestros primeros “educandos” son nuestros hijos y siempre es tiempo de enseñar, aprender, educar y hacer crecer.



1

PEDAGOGÍA DE LA CONFIANZA

La fe en la bondad de cada persona genera confianza mutua, fundamental en cualquier proceso educativo.

La confianza establece una relación de reciprocidad entre el educador y el educando. Cuando el educador muestra al otro una confianza atenta y una fe inquebrantable en la bondad de su ser, este se abre y se confía.

El Padre nos dio un ejemplo excepcional de la pedagogía de la confianza. A pesar del pecado original, creía en la bondad de cada individuo y fomentaba un optimismo pedagógico.

La actitud confiada del educador despierta y potencia en el educando una serie de actitudes positivas y energías. Mantener esa confianza puede resultar difícil, pero a pesar de los errores y fallos, no debemos perder la fe en lo bueno de los demás.

Como educadores, debemos aprender a juzgar con benevolencia los errores y fallos. Debemos comprender las dificultades, como la inmadurez en la juventud. El educador debe observarlo todo, pero pasar por alto muchas cosas. Eso sí, nunca debe soltar las riendas de la mano.

2

PEDAGOGÍA DE LOS IDEALES

Procura conformar la vida según ideales personales y comunitarios que apelan a la generosidad, despiertan aspiración, desarrollan las actitudes naturales y sobrenaturales y conducen a la libertad de los hijos de Dios.



3 PEDAGOGÍA DE LAS VINCULACIONES

Cultiva los distintos tipos de vínculos, propios de la naturaleza humana: vínculos a lugares, ideas, obras, tareas y personas, los que representan valiosos puntos de contactos para la gracia.

4 PEDAGOGÍA DE LA ALIANZA

Su fundamento es la Alianza de Amor con la Madre, Reina y Victoriosa tres veces Admirable de Schoenstatt, que culmina en la Alianza de Amor con la Santísima Trinidad. Esta Alianza ha de ser la norma de vida, la forma de vida, y la meta de vida de todos los miembros de Schoenstatt.

5 PEDAGOGÍA DE LA DINÁMICA

Parte de los puntos de contactos psicológicos y de intereses de las personas y las introduce, por medio de un desarrollo progresivo, en el espíritu de Schoenstatt.



PEDAGOGÍA DE LA CONFIANZA

CAPÍTULO 1

1. Introducción
2. Pedagogía de la Confianza
3. Enemigos de la “Pedagogía de Confianza”



1 Introducción

En Schoenstatt, el jefe o guía, como también el militante, ocupa un rol de “autoridad” como la ejerce un “padre”, un “maestro” o un “educador”. La autoridad moral que ejercemos por nuestra consagración, pero también porque somos padres o guías, nos hace copartícipes de la autoridad divina y esto nos permite colaborar en la creación de Dios, ayudando al otro a desarrollarse y crecer hacia el fin querido por Dios.

Veamos un instante la etimología de las palabras autoridad y educación, para comprender que la “Pedagogía de confianza” tiene mucho que ver con ellas dos y, a la vez, con la manera de proceder de Dios padre creador.

Autoridad: La etimología de esta palabra es esclarecedora. Viene del latín auctoritas. La raíz indo europea del verbo latino es “aug” que equivale a aumentar, hacer crecer, magnificar. Este verbo dio lugar en latín y castellano a varias palabras como auge, augur, augurio, aumentar, autor, autoridad. Según esto, el autor no es necesariamente quien crea, sino aquel que hace que algo crezca y prospere.

Entendemos entonces que quien ejerce la autoridad, padres o guías o maestros, están llamados a hacer crecer y desplegar la vida de la persona que cuidan y educan.

La palabra **educar**, viene de la raíz de la palabra latina ducere (educare, educere), que significa guiar. Con lo que educar sería “guiar o conducir” en el conocimiento. Idéntico significado tiene la palabra griega “pedagogo”, paidós (niño) y agogós (que conduce).

La pedagogía de la confianza, tiene uno de sus fundamentos en la creación del mundo. Dice en el Génesis al acabar el sexto día cuando Dios, había creado al hombre y a la mujer: “Y vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien.” (Gen 1, 31), es decir, en todo lo creado y por eminencia en la persona humana, está lo bueno, lo bello y lo verdadero, ya que ha sido hecha a imagen y semejanza de Dios. Nosotros, de la mano del Creador, debemos guiarle y hacer que crezca y se desarrolle según su originalidad.

Esta pedagogía, se basa en la creencia inamovible de lo bueno que hay en cada persona, (en vosotros, en vuestros hijos, en vuestros padres, hermanos y amigos, etc.) Somos creados por Dios y es un vivo reflejo suyo, miembro del cuerpo místico, llamado a entregar su valor, su riqueza, como nadie más en este mundo.

La persona humana posee atributos insustituibles como la libertad, la intimidad, la apertura y la singularidad, esta última nos habla de que nadie está hecho en un molde, sino que única e irrepetible y, por lo tanto, valiosa en sí misma. Decir “yo confío en ti, yo me fío de ti” es reconocer su valor y es poner la confianza en lo que ella es y puede.



2 PEDAGOGÍA DE LA CONFIANZA

En este estilo, se provee de un afecto constante y manifiesto hacia el hijo, los padres se muestran sensibles antes sus necesidades, se proporcionan las explicaciones necesarias y se promueve una conducta deseable. Las técnicas para corregir las conductas son razonadas y se promueve la comunicación sin barreras. Los psicólogos observan que este estilo favorece que los hijos sean competentes socialmente, motivados, con iniciativa y con auto-control. Facilita una buena autoestima y un auto-concepto realista y disminuye la probabilidad de tensiones entre padres e hijos.

Fundamento de la Pedagogía de la Confianza

La pedagogía de la confianza se basa en varios principios fundamentales que destacan la dignidad y el potencial intrínseco de cada persona:

- La persona es intrínsecamente buena: Cada ser humano es una criatura de Dios, intrínsecamente buena por naturaleza.
- Es original y única: Cada individuo posee una originalidad y singularidad irrepetibles.
- Posee una entelequia propia: Cada persona tiene impulsos sanos, talentos propios y un gran potencial a alcanzar. Esto fundamenta la pedagogía del ideal personal, que orienta el desarrollo de cada individuo hacia su máximo potencial.
- Herida por el pecado, pero no corrompida: Aunque el ser humano está herido por el pecado original y personal, no está corrompido en su esencia.
- La gracia ennoblece y eleva: La gracia divina no destruye la naturaleza humana, sino que la sana, ennoblece y eleva, incluso cuando la naturaleza está en ruinas.

La Práctica de la Pedagogía de Confianza

Crear en el Otro

La pedagogía de la confianza se basa en creer en las capacidades y bondades del otro.

Esto implica:

- Reconocer y valorar sus capacidades y su posibilidad de realizarse y autocorregirse.
- Ver en cada persona un mensaje de Dios y propiciar su desarrollo al máximo, creyendo en ella y dándole oportunidades.
- Enseñar a través del error e infundir seguridad en el proceso de aprendizaje.



Dar responsabilidades

- Fomentar la responsabilidad y la autonomía es clave en este enfoque:
- Crear campos de responsabilidad y autonomía, permitiendo que los educandos decidan, actúen y luchen.
- Dejar que se equivoquen y cometan errores, estimulando, alabando y reconociendo sus intenciones y esfuerzos.
- No sobreproteger ni sobreexigir, sino propiciar un contexto de apoyo. El educador debe actuar como "andamiaje", facilitando el crecimiento y desarrollo de la confianza en sí mismos y la autonomía del educando.
- Intervenir solo cuando sea necesario, permitiendo que los educandos aprendan y crezcan a través de sus propias experiencias.

Exigir en Nombre del Ideal

El educador debe:

- Presentar grandes tareas y metas, corrigiendo y castigando cuando sea necesario.
- Saber dar reprimendas diferenciando el comportamiento de la persona, diciendo, por ejemplo, "esto no es digno de ti".
- Enseñar a cumplir normas y establecer límites, pero con flexibilidad.

Confianza en la Acción y Conducción de la Gracia

El educador también debe tener una dimensión espiritual en su práctica:

- Rezar por los educandos y hablar con Dios sobre ellos, descubriendo en la oración sus talentos y bondades.
- Implorar la gracia divina para que los educandos puedan superarse y desarrollarse como personas y como hijos de Dios, llamados a la santidad con una vocación específica.
- Rezar para que en los educandos se realice la voluntad de Dios, permitiendo que elijan su carrera y vocación libremente. Ya sea en el matrimonio, el sacerdocio o la vida consagrada, podrán desplegar todo lo bueno y talentoso que poseen.



3

ENEMIGOS DE LA PEDAGOGÍA DE LA CONFIANZA

Pedagogías Rigoristas y Totalitarias (Estilo Parental Autoritario)

La pedagogía rigorista y totalitaria **se basa en la desconfianza** hacia el educando, lo que lleva a la implementación de un sistema cerrado de valores y disciplina.

Este sistema se asegura mediante órdenes, normas, castigos, vigilancia, reglamentos y prohibiciones, con el objetivo de prevenir cualquier tipo de desvío, maldad o error por parte del educando.

En términos actuales, se le denomina estilo parental autoritario. Este enfoque no promueve la iniciativa del educando, sino que la reprime en un marco autoritario y dictatorial. Las consecuencias de este sistema son:

- Generación de hijos inseguros, con baja autoestima y creatividad.
- Poca capacidad de motivación personal.
- Desarrollo de un concepto moral débil, donde el objetivo principal es evitar el castigo.

Pedagogía de Amaestramiento

La pedagogía de amaestramiento se centra en **adiestrar al educando** según un molde preestablecido, debido a la falta de confianza en su originalidad. Este enfoque se caracteriza por:

- Formalismos rígidos.
- Falta de fomento de la creatividad y originalidad del educando.



Sobreprotección (Estilo Parental Indulgente o Permisivo)

La sobreprotección es otra forma de desconfianza. En este sistema, los padres son pasivos y se dedican únicamente a atender las necesidades de los niños, evitando la afirmación de la autoridad y utilizando pocas restricciones o castigos. Las características y consecuencias de este estilo incluyen:

- Tolerancia excesiva a cualquier impulso de los niños.
- Baja competencia social y autocontrol en los hijos.
- Falta de respeto a las normas y personas.
- Baja autoestima e inestabilidad emocional.
- Bajo rendimiento escolar.

Estilo Parental Negligente

El estilo parental negligente se define por la falta de implicación afectiva y educativa por parte de los padres. Estos invierten el menor tiempo posible en la tarea de educar. Las consecuencias de este estilo incluyen:

- Poca motivación y capacidad de esfuerzo en los hijos.
- Inmadurez y pobre control de impulsos.
- Tendencia a la agresividad.



¿Quieres un hijo con autoestima y personalidad sana?

- Conoce** a tu hijo: escúchalo con interés.
- Comparte** tu "valioso tiempo" con él.
- Acéptalo** como es y no como "debería ser".
- Háblale en forma **positiva**.
- Evita compararlo** con sus amigos, primos o hermanos.
- Dale **responsabilidades**.
- Exígele** en nombre de lo mejor que hay en él, no por simple obligación o mandato.
- No interfieras** cuando está intentando solucionar él solo un problema.
- Deja que se **equivoque**.
- Establece **expectativas reales** frente a tu hijo.
- Enfatiza** sus progresos y habilidades.
- Estimular** es más importante que elogiar.
- Sé para él **ejemplo** de veracidad y lealtad.
- Revisa tu propia autoestima**, si tú estás bien y conforme contigo mismo, podrás valorar y ver lo bueno en los demás.
- Permítele descubrir y **amar a Dios en ti** mismo.



PEDAGOGÍA DE LA CONFIANZA

CAPÍTULO 1

Anexos:

1. TEXTO: EXTRACTOS DE LA JORNADA PEDAGÓGICA PARA LA JUVENTUD, *ETHOS UND IDEAL*. P. KENTENICH 1931
2. LA PEDAGOGÍA DE CONFIANZA EN EL TRASFONDO DE LA GRACIA (OTRA FUENTE)



ANEXOS

1.TEXTO: EXTRACTOS DE LA JORNADA PEDAGÓGICA PARA LA JUVENTUD, ETHOS UND IDEAL. P. KENTENICH 1931

** Con el término "**educando**", nos referiremos a nuestros hijos o matrimonios o personas confiadas que tenemos que guiar. Por otro lado, leerlo en la perspectiva conyugal, es un contenido que nos da claves para educarnos y crecer en la confianza en nuestro cónyuge.

** con el término **cliché**, se refiere al molde, a un estereotipo.

LA DIFÍCIL Y HERMOSA TAREA DE EDUCAR

Si tuviésemos que definir la personalidad del Padre Kentenich, sin duda deberíamos caracterizarlo como un gran educador. Su pasión fue educar: despertar, engendrar y servir a la vida. "**Educadores, solía decir, son personas que nunca dejan de amar**".

Inició su sacerdocio como educador, en 1912. Desde ese momento hasta su muerte, en 1968, nunca dejó de educar, de ser padre, de dar y de darse en un amor incansable. De allí, tal vez que uno de sus mayores aportes a la Iglesia actual sea el legado de un acabado sistema de educación de la fe adaptado a las necesidades de una pastoral moderna, de cara al tiempo futuro.

El presente texto recoge parte de su sabiduría pedagógica. Corresponde a charlas dadas en 1931. En diversas ocasiones ese año dictó un curso sobre pedagogía de la edad juvenil. La Schoenstatt-Verlag publicó en 1972, bajo el título Ethos und Ideal in der Erziehung, (Ethos e ideal en el educación), el manuscrito más completo que se poseía, correspondiente al curso dado a educadores entre el 28 y 31 de mayo de 1931. El texto escogido forma parte de las charlas décima y undécima.



La educación para el respeto

Donde existe respeto y amor en el educador, se genera también en el educando, como respuesta, respeto y amor. Donde se dan ambas actitudes fundamentales, se pueden realizar cosas que antes parecían imposibles. Cuando el respeto y el amor del educador son respondidos por el respeto y el amor del educando, se crea una relación extraordinariamente delicada entre ambos. Tal vez debiera agregar: todo tipo de educación, tanto la del niño pequeño como también la del adulto, siempre supone esta doble actitud: respeto y amor. Es posible que a veces uno de estos aspectos se acentúe más que el otro; que alguna vez el respeto y, otra vez el amor, pase al primer plano; sin embargo, siempre deben darse ambos. También ante el niño pequeño, ante el bebé en la cuna: no sólo amor, también respeto; y no cualquier tipo de respeto; el niño merece el más grande de los respetos.

(...) Los psicólogos han hecho esta observación: muchas personas arrastran, más tarde en su vida, inhibiciones, porque no fueron valorados suficientemente cuando niños pequeños. No son conscientes de una desvalorización de sí mismos: instintivamente se sienten poca cosa porque no tuvieron la oportunidad de dar y recibir lo que todo niño en esa edad debe dar y recibir: caricias maternas y paternas. Los padres deben regalar al niño estas caricias que son a la vez muestras de amor y expresiones de respeto.

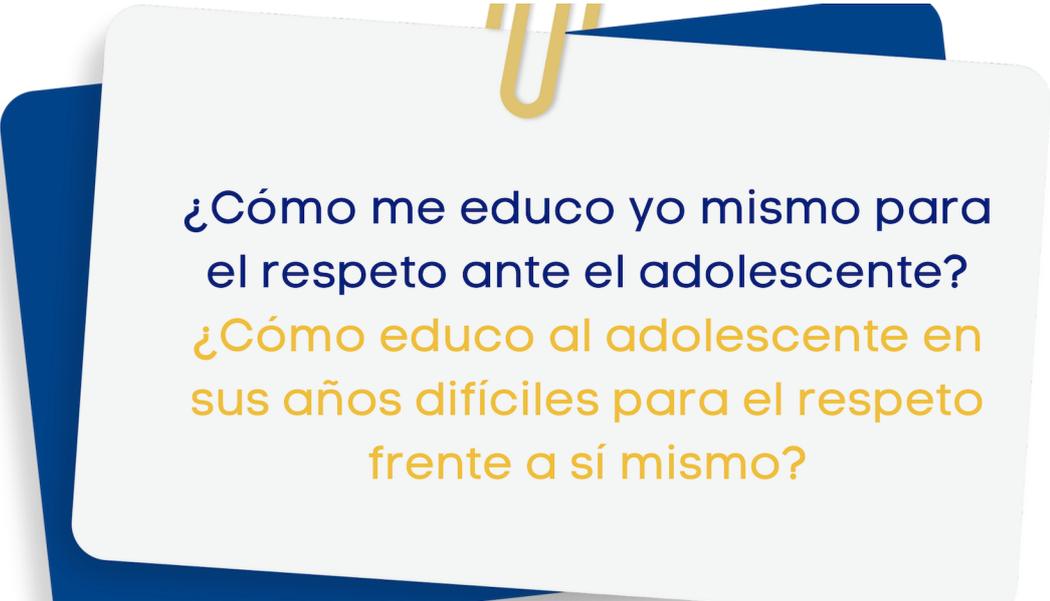
Con esto no pretendemos insinuar que los padres deban constantemente mimar a sus hijos, o, como se dice comúnmente, "comérselos a besos". Eso sería señal de un amor que no está animado por el respeto. Siempre deben darse el respeto y el amor: también en la edad que ahora nos ocupa, la adolescencia. Debemos tratar al adolescente con respeto y con amor. Y si nos resulta obtener como respuesta ambos afectos, entonces quiere decir que la educación está asegurada, que podremos lograr en todas las situaciones algo grande y profundo en nuestros niños. (...)

En los libros de pedagogía normalmente encontramos abundante material sobre el amor pedagógico. Por eso, en las reflexiones que haremos ahora, lo dejaremos de lado. Momentáneamente nos concentraremos más en el respeto, pues me parece que el respeto es más necesario que el amor.



Por cierto, que, si consideramos ambos afectos como un todo orgánico, sabemos bien que no se da el amor sin el respeto y que no hay respeto sin amor. Si los separamos metódicamente y los vemos en el contexto de la mentalidad actual, debemos decir que hoy, en la educación, lo más esencial - especialmente tratándose de la educación de la juventud - es el respeto. Ese respeto de parte del educador que obtiene como respuesta el respeto del educando.

En este contexto, nos haremos dos preguntas y buscaremos responderlas en líneas generales:



¿Cómo me educo yo mismo para el respeto ante el adolescente?
¿Cómo educo al adolescente en sus años difíciles para el respeto frente a sí mismo?

Espero que ustedes queden contentos con la respuesta que voy a dar. No piensen que dictaré "recetas" para enseñarles cómo hay que educar a alguien conscientemente al respeto. Con ello no lograríamos el objetivo. Si lo hacemos a propósito, ningún joven de buenos sentimientos llegará jamás a tener respeto frente a nosotros.



¿Cómo me educó yo mismo para el respeto ante el adolescente?

Inmediatamente debemos ampliar el horizonte. Lo que ahora voy a dar como respuesta se aplica también respecto a las personas adultas con las cuales trato.

Se aplica también y debe aplicarse, ante el niño pequeño. Daré una triple respuesta, pero se trata de un complejo de respuestas que tienen como objeto crear una actitud interior.

Conciencia del verdadero sentido de la educación

En primer lugar, siempre debo tomar interiormente conciencia del verdadero sentido de la educación.

¿Qué significa educar? Significa servir desinteresadamente la vida ajena. Este es el arte de las artes: educar, formar y conformar al hombre y al alma humana.

¿Cuál es el sentido profundo de la educación? No podemos decir con Goethe en su Prometeo: "Aquí estoy y hago hombres según mi imagen". De ningún modo. Yo no soy la meta de la educación. El ideal de la educación es éste: aquí estoy y formo hombres según Tu imagen.

Cada vida humana encarna una idea de Dios. Dios quiere realizar un pensamiento suyo en cada movimiento. Y mi tarea, como educador, consiste en ayudar a descubrir ese pensamiento de Dios y entregar mis fuerzas para que ese pensamiento de Dios se encarne y se realice en el tú.

¿Comprenden lo que quiero decir? Mientras más me compenetre interiormente del verdadero sentido de la educación, tanto más profundo será mi respeto.

La práctica del respeto

En segundo lugar, con el tiempo, la actitud interior del respeto debe expresarse en actos concretos: en un trato respetuoso.

Debo tener respeto:

- ante cada persona;
- ante cada destino humano;
- ante cada originalidad y facultad de la persona.



Lo primero es, entonces, un respeto práctico y táctico ante cada persona. ¡Aunque ésta fuera un estropajo humano!
¡Aunque fuera una persona espiritual y corporalmente enferma como ninguna otra! ¡Respeto ante toda persona humana!

Segundo, respeto ante cada destino humano ¡Aunque tenga ante mí un destino humano que pasa por una oscura noche o que está cargado por una pesada culpa! ¡Respeto ante cada destino humano! Yo no sé cuál fue la cuna de esta persona; no sé las taras hereditarias que arrastra esta pobre criatura. Si somos sinceros y un poco objetivos y verídicos interiormente, entonces nos diremos: ¿Qué hubiese sido de mí si yo hubiese estado en esa situación, si hubiese tenido esa historia? Por eso, respeto ante todo destino humano.

Y, en **tercer** lugar, también respeto ante cada facultad de la persona. La verdadera maternidad (paternidad) no se pone al centro. No busca crecer ella misma. Cuando hay una verdadera maternidad todo impulsa interiormente en ella a ayudar a que se desarrollen las facultades que Dios ha puesto en el tú, aunque más tarde éste nos sobrepase. Verdaderamente no existe satisfacción más grande en la educación que cuando podemos constatar: aquellas personas que eduqué están ahora por encima de mí. Yo he llegado a ser innecesario.

No tomen estos ideales simplemente como frases bonitas. Deben captarlas más bien en todo su profundo significado y saber orientarse por ello. De allí también que debemos ser muy cuidadosos cuando tenemos que decidir sobre el destino de una persona. Cuando, por ejemplo, estamos en una comunidad religiosa, no debemos decir: "**Aquí hay un hueco, alguien debe taparlo**"; "aquí nuevamente hay otro hueco, que venga otra persona y lo cubra". ¡Cuán a menudo se hacen estas cosas, y luego se habla de un trato personal! No deben decir: "La santa obediencia lo exige así". Por cierto, la santa obediencia exige que nosotros nos dispongamos interiormente a una tal obediencia; pero también exige que el superior sea un hombre razonable, que no abuse de su poder. Si otras personas nos han entregado su voluntad, entonces tenemos el santo deber de valorar toda facultad que existe en ellas. Por eso, ¡respeto ante cada facultad!



Naturalmente también debemos aplicar estos pensamientos a la relación de unos con otros ¡Cuan a menudo tenemos que constatar que en círculos católicos no se valora suficientemente la originalidad de cada persona! (...) Se requiere un cuidado lleno de amor, lo cual supone, en todo caso, un gran desprendimiento de nuestro propio yo. No debemos girar en torno a nosotros mismos, sino en torno a Dios y al bien de aquellos que el Padre Dios nos ha confiado, regalado o puesto en nuestro camino. Este sería un segundo medio para educarnos al respeto.

El enemigo del respeto

En tercer lugar, tenemos que precavernos del enemigo mortal del verdadero respeto. **¿Sabén cuál es?**

Es el **cliché** (el molde). Por favor, no introduzcamos ningún cliché en la educación.

Santo Tomás, en la Edad Media, formuló la siguiente sentencia: los prelados no deben hacer demasiadas leyes. ¡No queramos normar todas las cosas! ¡No apliquemos el cliché! Porque donde rige el cliché, matamos la originalidad. El cliché significa la muerte de la individualidad y el verdadero respeto.

¿Pienso con esto acaso que no debemos escribir en nuestro escudo una vigorosa fidelidad a la ley?

Es evidente que donde hay una comunidad, donde simplemente coexisten hombres, allí deben existir leyes. Pero tienen que ser sólo pocas leyes, las cuales, sin embargo, deben ponerse en práctica con estrictez draconiana. Esto espera todo hombre noble. Pero el cliché es algo enteramente distinto.

El cliché significa someter a una constante tensión, tensión que se ve reforzada con nuevas leyes, tal como sucedía en el tiempo de Cristo con las normas de la tradición. Se explicaba el carácter de una ley, y esta explicación adquiría nuevamente el carácter de la ley. Y esta aclaración nuevamente se explicaba, lo cual recibía otra vez carácter de ley. Así se continuaba hasta que se creaba un inmenso dique de leyes y de leyecitas, de tal modo que apenas se podía respirar.



¿Cómo educo al adolescente en sus años difíciles para el respeto frente a sí mismo?

Encarnar el ideal del educando

Logramos esto, en primer lugar, en la medida en que yo mismo encarno el ideal de la persona que debo educar.

Se trata aquí de una actitud fundamental y no de una pequeña y astuta "receta". Si encarno en lo esencial el ideal del joven, entonces podré constatar que el respeto se apodera de él.

Por lo demás, no tienen que tomar a mal si alguna vez un joven hace algo que no corresponde frente a ustedes. Es propio de su vitalidad. Por ello no seamos demasiado susceptibles. Lo mismo vale, por lo demás, cuando tenemos que tratar con hombres maduros. En la medida en que yo me esfuerzo sinceramente por encarnar el ideal del otro, en esa misma medida educo por el respeto ante mí. Si no lo hago, entonces, no puedo imaginarme cómo se podría llegar a establecer ese delicado vínculo que une y ata cada vez con mayor profundidad, al educador con el educando.

Tener fe en lo bueno del otro

En segundo lugar -y esto es algo enteramente esencial- a toda costa debemos mantener la fe en lo bueno que hay en el joven. O, aplicándolo en general, mantener la fe en lo bueno que hay en cada persona (...).

- A pesar de los múltiples desengaños que hayamos sufrido;
- A pesar de sus muchos errores;
- A pesar de las continuas luchas de que somos testigos en nuestros niños.

No debe existir nada que me quite la fe en lo bueno que hay en el hombre.

¿En qué se basa esto?

La dogmática nos enseña que la naturaleza humana, a pesar de que se ha debilitado a causa del pecado original, no se ha corrompido. Existen aún muchas cosas buenas en el hombre. Por eso, si confiamos en la bondad del hombre, lo hacemos sinceramente con objetividad. Agreguemos a esto que la mayoría de las veces tratamos con jóvenes y con niños que han recibido la vida divina por el bautismo. Este es un nuevo motivo para nunca perder la fe en lo bueno que hay en el hombre.

(...) Y si digo que queremos guardar la fe en lo bueno de la persona, lo afirmo a pesar de todos los desengaños que ésta nos haya ocasionado. Quizás ustedes mismos lo saben por propia experiencia: si alguien nos ha dicho o nos ha manifestado que ya no cree en nosotros, nos inhibimos interiormente. Por eso, busquemos siempre mantener firme la fe en lo bueno del otro.



Por otro lado, dijimos, guardar la fe en lo bueno del hombre aun cuando haya que constatar en él un cúmulo de extravíos.

Desde el punto de vista psicológico, debemos decir que tales desviaciones no siempre son tan peligrosas.

¿Cómo las entendemos? Según la psicología evolutiva. Si consideran esas desviaciones en la perspectiva psicológica, vemos que lo que aparece en los comportamientos errados es la voluntad de valer y de realizar cosas por sí mismo.

Entonces se siente de pronto que éste se ve ante obstáculos que impiden su desarrollo. ¿Cuáles son para ella estos obstáculos? Son los padres, el papá y la mamá. ¿Y cuál es el efecto? La reacción de rechazo. ¿Qué se puede hacer, entonces? Aquí viene una ley muy importante: hay que dejar que se comentan tonterías. No hay que malgastar la última autoridad.

Debo, por cierto, precaver al joven de desaciertos; pero debo saber permitir tonterías y extravíos. Únicamente no debo permitirlos cuando sé que si suceden, las cosas se precipitan vertiginosamente por una pendiente inclinada. ¿No nos sucedió también a nosotros que, cuando nuestros padres nos dijeron esto o lo otro, no lo creímos hasta que lo pudimos experimentar personalmente?

En todo caso, pienso que tales desviaciones no hay que tomarlas interiormente de manera tan trágica. Exteriormente, para mantener la disciplina, tenemos que intervenir; pero, interiormente, no debemos ponernos tan furibundos. Esto es lo esencial: si tengo que causar dolor, entonces, lo hago porque ése es mi deber y no a partir de una rabia desordenada. Sólo entonces haré bien las cosas.

Todavía algo más. ¿Por qué no tenemos que tomar tan trágicamente las cosas en la edad de la adolescencia? Tal vez ustedes lo han observado alguna vez en la vida. Desde el punto de vista psicológico y pedagógico, hablamos de la reacción de contraste frente a la vida vivida. A menudo vemos cómo los hijos no quieren seguir la misma profesión que los padres. ¿Por qué motivo? Los padres vivieron su vida, y la generación siguiente quisiera, por contraste, vivir la vida que los padres no vivieron. Este es el impulso de contraste ante la vida vivida. A partir de este proceso vital, pueden explicarse muchas reacciones y, sobre todo, no se deben tomar tan trágicamente las cosas cuando la generación joven muestra un sentimiento de rechazo frente a la antigua generación. Siempre y en todos los tiempos esto ha sido así.



La maestría en este proceso consiste en continuar orientando a la juventud. De otro modo, obtendremos justamente lo contrario. Es verdad que hemos tenido un tiempo en el cual la juventud ha sido revolucionaria; pero esto no es trágico.

San Bernardo aconsejaba que en el capítulo los abades debían escuchar especialmente a los monjes jóvenes, porque éstos a veces también tenían el Espíritu Santo. ¿Por qué digo esto? Para que reencontremos una sana tensión. Por eso, no pensar que tenemos empaquetada para nosotros la sabiduría. En el trato mutuo debemos también saber escuchar a los otros.

Les digo estas cosas para convencerlos que tenemos que creer en lo bueno de las personas, a pesar de sus extravíos. No quiero decir con ello que debamos hacer caer a propósito a nuestros hijos. Eso de ningún modo; pero tampoco tenemos que tomar las cosas tan trágicamente cuando suceden extravíos.

Por último, hemos de creer en lo bueno de las personas cuando las luchas se hacen más intensas y permanentes. Y agrego: ¡no evitemos nunca las luchas a nuestros niños! Si actuamos así, los educamos para una minoría de edad. Y les garantizo que si les evitan las luchas a aquellos que les han sido confiados -ya sea porque les resuelven demasiado pronto las dificultades, o porque les evitan la lucha al poner, sin quererlo, en la balanza, el predominio de su personalidad- entonces la consecuencia no se hará esperar: un hombre íntegro va a agradecer a Dios de rodillas cuando ustedes partieron, cuando ustedes se fueron "a la punta del cerro". Tienen que tomar esto en serio. Por eso, cuiden que cada uno luche por sus luchas y resuelva sus problemas.

Por cierto, desearía estar al tanto de todo. Pero intervenir, eso no se me pasa por la mente. No intervengo. Permitan al joven hacer "chiquilladas", sólo que no caigan demasiado pronto. De otro modo, más tarde no llegarán a ser personalidades vigorosas, ni los habremos educado para la vida. Educaremos muñecos, pero no personas que tengas los pies puestos en la tierra (...).



Hacerse innecesario

En tercer lugar, debemos hacernos innecesarios en toda la línea, al menos ésta debe ser nuestra actitud interior.

¿Cómo lo hago? ¿Cómo se manifiesta esto? Tan pronto percibo que alguien puede caminar solo, me retiro. ¡Debe aprender a caminar sólo! Tranquilamente puede hacer experimentos y ver si da alguna voltereta. Si se cae, observo si puede levantarse por sí mismo; y sin siquiera pestañear, dejo que se levante.

En todo caso, tienen que hacerse innecesarios. Si no quieren ser nunca innecesarios, siempre háganse superfluos. Si quiero tener para mí a los otros, si trato que se apegue a mi persona y para ello hago concesiones, la relación que se establecerá será sólo pasajera. Por eso, apenas percibo que alguien puede andar por sí mismo, conscientemente me hago a un lado. Es preferible comenzar a hacerlo demasiado temprano que demasiado tarde.

También es algo esencial, no busquen nunca el favor del educando. Nunca le digan: "¿por qué no te unes a mí?". Más bien hay que ser claros y directos: si quiere irse, entonces, las puertas están abiertas (...).

Si buscan la complacencia de los suyos, una persona de nobles sentimientos les va a responder siempre justamente con lo contrario. Tal vez exteriormente se comporte ante ustedes en forma correcta; pero pronto se les subirán a la cabeza y ya no serán ustedes los que educan. Se les pondrá, en cambio, en la cuerda floja.

(...) Estas cosas se pueden aplicar en cualquier tipo de conducción, ya sea que se trate de la dirección espiritual o que se dirija un regimiento. En la misma medida en que sepamos unir respeto y amor, tendremos el tino de actuar como corresponde. Y si alguna vez ustedes cometen algún desacierto -y éste es un derecho humano- el Padre Dios también estará junto a nosotros. El va a cuidar con nosotros. Si tenemos realmente una relación personal con el tú, nuestros errores no causan daño. Sólo tendríamos que ser lo suficientemente sinceros como para confesar que hemos hecho una tontería.



Ser abnegado al máximo

¿Qué más podemos hacer para que aquellas personas que nos han sido confiadas guarden y no pierdan el respeto ante nosotros? Ser abnegados al máximo. Este es siempre el mejor medio para mantener el respeto. Pero no debe ser hecho como a propósito: debe ser expresión de nuestra personalidad.

¿Qué significa ser abnegado hasta el extremo? Si soy abnegado hasta el extremo, entonces no me aferro al hecho de que sea justamente yo el que tengo que educar. Si hay otra persona que pueda hacerlo mejor que yo, debe hacerlo. Lo que importa es que el tú sea verdaderamente ayudado. Él es el centro. Es él lo que importa, no mi persona.

(...) ¿Quiero decir con esto que no debo realizar un apostolado de búsqueda del otro? Por cierto que no. También debemos ir en busca del otro. Lo que importa es que sea expresión del servicio desinteresado al tú. Si lo busco, porque temo que se me pueda ir de las manos, sería errado. No es esto lo que importa en primer lugar. El respeto es más importante que el amor. Si el servicio respetuoso exige que busque y vaya al encuentro del otro, lo hago. De otro modo, nunca lo haría. La más mínima concesión en esta dirección es una concesión a mi egoísmo: entonces, me busco a mí mismo y no al otro (...)



2.TEXTO: LA PEDAGOGÍA DE CONFIANZA EN EL TRASFONDO DE LA GRACIA (OTRA FUENTE)

Observando la realidad

Una confianza y fe sobrenaturales

En el desarrollo de la pedagogía de la confianza, nos hemos referido a aquellos factores que hacen difícil, especialmente hoy, la actitud de confianza, debido a nuestra propia fragilidad e inseguridad existenciales, acentuadas por una cultura que ha destruido los vínculos sanos, generando gran desconfianza e inseguridad en innumerables personas y en la sociedad en general.

Y por ello es importante comprender que cuando el P. Kentenich propone la pedagogía de la confianza, lo hace desde la perspectiva –válida para todo su sistema pedagógico– de la armonía entre la naturaleza y la gracia.

En las reflexiones siguientes, queremos destacar más claramente la dimensión sobrenatural de la pedagogía de la confianza.

El sentimiento de la propia dignidad y la confianza a la luz de la fe

¿Cómo lograr que los educandos crean en sí mismo si día a día experimentan sus propias falencias y miserias?

¿Cómo ayudarles a confiar en los demás si experimentan y son testigos de tanta claudicación, irresponsabilidad y aprovechamiento? ¿Cómo cultivar en ellos la audacia y valentía necesarias para emprender las tareas que el Señor les confía?

Nos hemos referido a la confianza en sí mismo y a la confianza que tiene la persona de alcanzar las metas que se propone. Humanamente hablando no es fácil. Una pedagogía de la confianza que sólo cuenta con lo que se puede lograr a partir de las fuerzas naturales, no alcanza su objetivo.

Solo a la luz de la fe, el educador y los educandos pueden descubrir y aquilatar en su verdadera dimensión la magnitud de su dignidad, autovalorándose en una nueva dimensión. Somos hijos de Dios Padre, partícipes de la naturaleza divina, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo.

Por eso reza así el prefacio dominical:

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro. Quien, por su misterio pascual, realizó la obra maravillosa de llamarnos del pecado y de la muerte al honor de ser estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su propiedad, para que, trasladados de las tinieblas a tu luz admirable, proclamemos ante el mundo tus maravillas.



Fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios. El educador tiene ante sí personas revestidas de esta dignidad y su labor consiste en que ellos tomen conciencia y adquieran una actitud y comportamiento acorde con su dignidad. El conocido llamado de san León Magno: “Agnosce, oh homo, dignitatem tuam”, ¡Hombre, conoce tu (verdadera) dignidad!, cobra hoy aún más actualidad que antes.

El respeto –elemento básico de la pedagogía de confianza– que merece toda persona humana, adquiere de este modo una profundidad que supera ampliamente una mirada puramente humana.

Ahora bien, ese sentimiento del propio valer se ve constantemente amenazado por nuestras continuas fallas, debilidades y miserias. La culpa y las consecuencias del pecado pesan sobre nuestra conciencia, aunque tratemos de reprimirlas o busquemos todo tipo de compensaciones para mitigar ese sentimiento.

Es en este contexto cuando aparece con mayor fuerza aún la necesidad de la redención que nos entrega Cristo Jesús. La autorredención, que proponen diversas corrientes culturales, especialmente de la Nueva Era, en verdad no se logra. Es solo Cristo quien nos redime por su entrega en la cruz, regalándonos su misericordia y su perdón, lavando nuestras miserias y restaurando nuestra dignidad en forma inalcanzable para nuestras capacidades humanas. San Pablo lo formula así: “Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Ro 5,20).

La tarea del educador implica entregar un amor que libera y enaltece a las personas que tiene a su cargo. El está llamado a ser instrumento de perdón y misericordia, que rescata y ayude a que los suyos se sepan y sientan amados y elegidos por Dios, no a pesar de sus miserias sino precisamente porque Dios ama y escoge “la nada de este mundo” (1Cor,1,27), porque él exalta a los humildes y enriquece a los pobres.

Si el hombre actual no entra en esta dinámica del amor divino, no logrará superar su sentimiento de culpabilidad y de inferioridad: la pedagogía de confianza, iluminada por la fe, posee el poder de sanarlo.

Necesitamos, para contar con una sana autoestima, reconocer y ser perdonados y liberados de nuestras culpas. Necesitamos redención; necesitamos de Cristo Salvador, que ofreció su vida para obtenernos la gracia del perdón. La gracia que nos regala el inefable don de ser hijos de Dios, miembros de su Cuerpo y templos del Espíritu Santo.

Sólo la fe nos convence de ello. Sólo el Espíritu Santo puede darnos interiormente ese sentimiento y conciencia del propio valer y de la propia dignidad. Aunque humanamente parezcamos inútiles y despreciables, si nos dejamos coger por Dios y somos objeto de su amor poderoso y misericordioso, nadie podrá quitarnos la alta autoestima que se fundamenta no en nuestras obras o méritos sino en la gracia de Dios.



Tenemos confianza de hijos en la bondad y el poder de Dios. Y esa confianza debe constituirse en la roca que afiance la aceptación de nuestra realidad y de nuestra grandeza. Es la confianza que animaba a san Pablo cuando decía: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Flp 4,13).

La gracia de la filiación divina derriba todo sentimiento insano de pequeñez y de minusvaloración. Es lo que canta María en su Magnificat: “El Señor hizo cosas grandes en mí”. Un hijo de Dios puede estar en la miseria, puede haber caído hasta lo más profundo, puede contar con múltiples heridas y falencias, puede ser y valer “muy poco” para quienes lo ven y lo tratan, pero ese ser, si ha tendido sus manos al Dios que nos salva, perdona y libera, es colmado de su gracia, es revestido de su gloria y convertido en un predilecto del Señor: por eso tiene motivos de sobra para valorarse y contar con una alta autoestima y confianza.

El llamado a realizar grandes cosas

Junto a la necesidad de afianzar la autoestima y la conciencia de la propia dignidad, como hijos que han sido redimidos por la sangre de Cristo y se han convertido en templos del Espíritu Santo, el educador posee la tarea de ayudar a los suyos a confiarse plenamente en el poder del Dios providente, que nos trajo a este mundo y que conduce nuestra existencia según su plan de amor. El cristiano cree en su poder, sabiduría y misericordia; cree que Dios Padre nos llama a realizar grandes cosas como cooperadores en su obra creadora y redentora.

El educando no sólo tiene que poseer confianza en sí mismo, sino que, basado en esa confianza, tiene que creer y confiar que puede hacer muchas cosas, que es un instrumento en manos del Señor y que es él quién le confía una tarea en la construcción de su Reino aquí en la tierra. Así como vive de la fe, vive también de la esperanza, sin dar paso ni al pesimismo ni a la depresión.

Quien educa según la pedagogía de la confianza debe lograr que los suyos superen la inseguridad, las angustias, el desánimo y la carencia de esperanza ante las tareas y desafíos que deben enfrentar, cuando es preciso arriesgarse y echar las redes en el lago como lo hizo Pedro. Cobra entonces renovada importancia que cultive en ellos una confianza y esperanza sobrenatural, ya que humanamente no serán capaces de aventurarse y enfrentar los desafíos y reveses que amenazan nuestra existencia. Sobre esta base, el educador los anima a emprender con optimismo y decisión, las tareas y obras queridas por Dios, aunque estas los superen.

Si Dios lo quiere, si él nos lo pide, entonces, porque él nos da una fuerza sobrenatural, sí podemos poner manos a la obra. El Señor fecunda nuestras obras; nos regala una fecundidad que no se explica simplemente por lo que nosotros humanamente hacemos. Somos capaces de realizar muchas más cosas de lo que humanamente podemos hacer.



La labor del educador consiste en fomentar e infundir en los suyos el valor de confiar no solo en su propio poder y capacidad o en el apoyo que otros pueden brindarles. Por ese camino no llegarían muy lejos. Él tiene que fomentar en ellos una confianza y esperanza incommovible y victoriosa, para que sean capaces de superar todas las contradicciones y vicisitudes de la contingencia humana, porque su confianza y esperanza están sumergidas y animadas por la gracia que infunde en su alma el Espíritu Santo.

De esta forma, la fe confiada y la esperanza sobrenatural les permite esperar contra toda esperanza, estar cobijados y seguros, acometiendo las tareas, sorteando los obstáculos y realizando las obras que el Dios vivo les encomienda. Lo que humanamente es imposible, con la gracia de Dios es posible.

Necesidad de fortalecer la confianza y esperanza sobrenatural

La confianza del educador en sí mismo

No solo los educandos deben conquistar una alta estima de sí mismos a la luz de la fe, afianzando su confianza por todo lo grande que Dios les ha regalado gratuitamente. También ello constituye una tarea central, primaria, del mismo educador.

Al inicio de los textos sobre educación del Padre Kentenich, destacamos la conciencia que el educador debía tener de saberse un elegido por Dios, un instrumento en manos de Cristo, el Buen Pastor y del Espíritu Santo. Constantemente lo conforta y anima la conciencia de elección, la convicción de que el Señor se quiere valer de él, prolongando su labor pedagógica a través de su entrega al cuidado de los suyos.

Si san Pablo podía decir: “No soy yo quien vive sino es Cristo quien vive en mí” (Cf. Ga 2, 20), también él puede afirmar de sí mismo algo semejante: Cristo actúa en mí, él es quien educa a través de mi persona y su gracia es la que hace fecunda mi labor.

El educador está llamado a realizar cosas que humanamente lo superan y que él, por sí mismo, no podría lograr. Pero, con san Pablo, tiene que mostrar y dar testimonio ante los suyos de que “todo lo puede en aquel que lo conforta (Cf. Flp 4,13): y ese testimonio avala lo que enseña con sus palabras.

Confiar en la Providencia divina

El educador, como hemos señalado, está llamado a fomentar en los suyos las actitudes de la confianza y esperanza sobrenaturales. Pero, considerando la realidad concreta que estos viven, considerando los factores que remecen y horadan constantemente el edificio de la confianza, ¿cómo puede lograrlo?



La labor del educador consiste en fomentar e infundir en los suyos el valor de confiar no solo en su propio poder y capacidad o en el apoyo que otros pueden brindarles. Por ese camino no llegarían muy lejos. Él tiene que fomentar en ellos una confianza y esperanza inconmovible y victoriosa, para que sean capaces de superar todas las contradicciones y vicisitudes de la contingencia humana, porque su confianza y esperanza están sumergidas y animadas por la gracia que infunde en su alma el Espíritu Santo.

De esta forma, la fe confiada y la esperanza sobrenatural les permite esperar contra toda esperanza, estar cobijados y seguros, acometiendo las tareas, sorteando los obstáculos y realizando las obras que el Dios vivo les encomienda. Lo que humanamente es imposible, con la gracia de Dios es posible.

El mundo de la fe, y específicamente de la fe en el Dios vivo, en su divina Providencia, que constituye el fundamento de nuestra confianza sobrenatural, hoy es poco común. El punto clave en que se prueba nuestra confianza es en el creer que contamos realmente con la presencia y ayuda de Dios en las circunstancias concretas de nuestra vida diaria, creer de verdad en el Dios providente. Pero creer hoy en la divina Providencia no es fácil: a Dios se le ha relegado a un rincón sin importancia o simplemente se lo ignora. Los constructores de este mundo han desechado la piedra angular.

Solo predicar las verdades de la fe y anunciar la doctrina sobre la Providencia divina, ciertamente hoy no basta. El educador más que transmitir la confianza y esperanza por sus palabras, debe hacerlo por el testimonio de su propia vida. Actualmente se vive una extraordinaria "crisis de la palabra". Si la palabra no está avalada y no se ve encarnada en quien la proclama, resulta ineficaz.

Quien quiera educar de la fe, lo primero que tiene que mostrar a los suyos es la vivencia de su propia confianza sobrenatural, haciéndola palpable y creíble en su persona y en su manera de enfrentar la vida.

Es preciso que los educandos puedan percibir las verdades de la fe, de la confianza y esperanza, en primer lugar, no en forma intelectual o doctrinal. Tienen que poder vivenciar esas verdades en la persona del educador, en lo que irradia y enseña por su modo de ser, su modo de pensar y de actuar, por el testimonio de su seguridad y arraigo en el Dios vivo. El debe transmitir e irradiar vitalmente su inconmovible seguridad en Cristo el Señor, en Dios Padre y en su Providencia divina.



La semilla de la confianza sobrenatural germina en la buena tierra

Si bien su testimonio de fe en el Dios providente es esencial, desde el punto de vista psicológico no es suficiente. La gracia supone la naturaleza. El educador siembra las verdades de la fe, respaldado por su ejemplo, pero, al mismo tiempo, tiene que considerar el terreno en que cae esa semilla. Y ese terreno normalmente es árido y pedregoso, donde abunda la cizaña y múltiples factores impiden que la buena semilla eche raíces profundas.

Hemos señalado, a la luz de la realidad vital de los educandos, que la carencia de vivencias sanas de paternidad y maternidad, hacen difícil que los educandos entren en el mundo de la confianza. En nuestra cultura está profundamente socavado el mundo de la confianza. La experiencia paterna y materna y la carencia de hogar se extienden como una epidemia por todos los continentes, y esta epidemia marca hondamente al hombre actual con el sino de una desconfianza originaria, que lo penetra hasta su inconsciente.

¿Cómo puede recibir positivamente el hombre actual ese mundo de la confianza y de la esperanza sobrenatural? Se puede sembrar la semilla de las virtudes teologales, pero, pedagógicamente, hay que preocuparse de preparar el terreno en que cae esta semilla.

Al entregar la Buena Nueva del Dios providente y poderoso, que nos ama y nos guía, normalmente el educador tiene que cumplir una tarea de decisiva relevancia pedagógica: es preciso que logre que los suyos, a partir de la vivencia de su persona, de lo que él es y de su forma de darse a sí mismo, les sea posible experimentar la confianza enaltecida que él les inspira. Y esto de tal modo que esa confianza penetre hasta su inconsciente y sane su sentimiento vital. A través de él los suyos deben poder recobrar la confianza en sí mismos y en lo que son capaces de realizar.

Entonces la buena semilla arraigará en buena tierra y dará mucho fruto. De su labor pedagógica, surgirán hombres y mujeres profundamente anclados en la seguridad y paz que solo Dios sabe dar, que sean capaces de enfrentar la vida con una esperanza que nada logre extinguir.

La pedagogía de la confianza quiere destacar la virtud sobrenatural de la confianza y darle el lugar que se merece en la vida de todo hijo de Dios. La esperanza confiada es una virtud esencial, particularmente para el hombre actual, para el hombre que peregrina, que está en camino, para aquel que, sin tenerlo todo y pasando por múltiples penurias, sabe que Dios está con él. Con san Pablo puede confesar "todo converge al bien de los que aman a Dios" (Ro 8,28) y que "ninguna cosa es imposible para Dios" (Lc 1,27). La pedagogía de confianza verdaderamente es capaz de liberar al hombre de la angustia y de la depresión; le permite vivir seguro, en paz y confiado, en medio de un mundo donde reina la inseguridad y la incertidumbre.



Dios cuenta con mi debilidad

Con frecuencia tengo miedo a mostrar mi debilidad. No me encuentro en confianza. Temo el rechazo, el juicio, la crítica. No soy perfecto y no deseo que se rían de mí y me condenen. Tengo debilidades. Creía superadas ciertas inmadureces y vuelven a aflorar en la superficie. Me veo muy frágil. Entonces me da miedo que me vean como yo mismo me veo. Me avergüenza mi miseria. Habrá un lugar seguro en el que no tema mostrarme en mi fragilidad. Puede ser mi hogar, mi familia, el corazón de alguien.

El P. Kentenich lo explica así: «Al niño eterno pertenece una eclosión periódicamente recurrente de lo primitivo (inmaduro)». Puedo mostrarme niño inmaduro frente a algunos. Son manifestaciones o reacciones que creía superadas en mí o en los demás. Las acepto. Me veo débil e inmaduro y dejo que salga el niño que tengo dentro. Por eso es necesario que no me sacuda con demasiada rapidez de mí y de los demás esas manifestaciones de una infancia «primitiva», todavía no madura. No tengo que ser siempre una persona adulta, equilibrada. Necesito espacios en los que sacar mi niño a pasear con libertad interior.

El Padre, cuando usa el término primitivo al hablar de infancia, lo hace en referencia a un estado de crecimiento necesario y que con el tiempo será superado. Pero sólo con el tiempo. Al hablar de primitivo no hay una connotación tan negativa. Aún así será mejor usar, en lugar de primitivo, el término inmaduro. Soy inmaduro, tengo reacciones inmaduras. Amo de forma inmadura. Esto se da en mí con frecuencia. Es sólo parte de un proceso necesario. Tengo que crecer desde dentro, desde mi verdad, desde lo que soy. El crecimiento siempre es lento.

De dentro hacia fuera. La inmadurez se puede dar en la relación conyugal, entre adultos. Y también puede suceder delante de los propios hijos. El lugar en el que se pueden dar estas manifestaciones tiene que ser el de la intimidad familiar. No vale en cualquier otro lugar. Es ahí donde tiene que reinar la confianza suficiente para que esto pueda suceder sin que me escandalice. Si no es así y mi familia no es el lugar en el que me puedo mostrarme tal y como soy. Si en casa todo parece aparentemente perfecto sin actitudes inmaduras. Tal vez tenga que empezar a preocuparme. Estaré viviendo en un excesivo formalismo, cuidándome en exceso. Estaré tapando desarrollos que son necesarios para un crecimiento sano de la vida.



PEDAGOGÍA DE LA CONFIANZA

CAPÍTULO 1

INTERCAMBIO MATRIMONIAL
Y TRABAJO PERSONAL



Intercambio matrimonial Pedagogía de Confianza

Ahora os invitamos como matrimonio, al término de este capítulo, “Pedagogía de confianza” a preguntaros sobre la práctica de esta pedagogía. Os invitamos a hacerlo según la nueva mirada que hayáis podido descubrir en este capítulo y que os haya enriquecido. Pensad en como aplicáis esa confianza con vuestros hijos y también la que practicáis por ejemplo en vuestro trabajo. Ojalá recordéis ejemplos concretos de como actuáis o reaccionáis habitualmente.

Según el texto leído:

- ¿Cuál es vuestro estilo educativo?
- ¿Creáis un ambiente o clima de confianza?
- ¿Cómo es vuestro lenguaje no verbal?
- ¿Expresáis sin palabras que confiáis en el otro?

Respecto a los fundamentos de la Pedagogía de confianza:

- ¿Nos fundamentamos en estos principios para educar?,
- ¿en cuáles, cuándo, cómo?

Respecto a los efectos de una pedagogía de desconfianza

- ¿En vuestra vida, habéis experimentado estos efectos? Y por el contrario
- ¿Los habéis provocado en otros?

Respecto a la práctica de la pedagogía de confianza

- ¿Delegáis tareas, responsabilidades y confiáis en los demás o estáis siempre encima?
- ¿Cuándo os toca exigir, apeláis al ideal, dando una razón o dais ordenes?
- ¿Sois conscientes de que contáis con la gracia para educar, cómo podríamos tenerlo más presente?
- ¿Cómo militantes, qué rasgo de la Pedagogía de confianza, debería estar siempre presente en nosotros?

Os invitamos a definir alguna costumbre familiar o matrimonial, para vivir la pedagogía de confianza o hacer consciente de alguna que ya vivís y queráis renovar y/o afianzar.